



Visita

al territorio de
Sara
Sefchovich



1

Por tu culpa empecé a querer a este país. Por tu culpa, por tu culpa, por tu grandísima culpa. Porque tú me llevaste y me trajiste, me subiste y me bajaste, por veredas y caminos, por pueblos y ciudades. Me llevaste en coche, en lancha, en avión, en camión, en bicicleta y a pie. Me llevaste por rincones y explanadas, cerros y cañadas, iglesias, edificios y ruinas. Me llevaste por unos lugares planos y por otros empinados, por puentes de ríos anchos y por puentes de lechos secos, me hiciste subir escaleras, cruzar lagos inmensos, conocer un mar que se secaba la mitad del año y otro que sólo me llegaba hasta las rodillas. Y ahí iba yo atrás de ti y contigo, mirándote, bebiéndote, esperándote para que me hicieras el amor después de tanto recorrido, de tanto polvo, verdor, desolación, calor y lluvia que fuimos encontrando en este país nuestro de cada día.

¿Habrá alguien que conozca tantos hoteles como yo? ¿Alguien que haya escuchado a tantos viejos llenos de recuerdos, visitado a tantos artesanos escondidos en sitios remotos, comprado tantos dulces de sabores insólitos y tantas macetas de formas extrañas?

Me acuerdo cuando te dio por recorrer los hoteles que algún día fueron famosos y distinguidos. Como si tuvieras una deuda pendiente con el país que fue éste hace cincuenta, hace cuarenta años. No hubo entonces viernes sin hacer camino, sábado sin tres comidas harinosas imposibles de digerir, domingo sin albercas llenas de gente, tardes sin jardines abandonados, noches sin cuartos que algún día fueron elegantes y ya estaban tan venidos a menos.

¿Habrá alguien que haya recorrido tantos lugares como yo, cuando te acompañé en ese tu peregrinar por la nostalgia de años que se fueron hace mucho y de gente que ya se murió pero que algún día fue muy rica? En Tehuacán las camas eran tan altas que

tuvimos que usar un banco para subirnos a ellas y los colchones de resortes rechinaban tanto que no podíamos dormir de la risa. Y tú te acordabas de unas señoritas tan viejas que vivían allí cerca y que le daban desayuno a tu abuelo cuando huía de los cristeros cargando a sus mujeres y a sus hijos. Luego estaba esa tina con patas, esas paredes que algún día tuvieron color, esos techos de altura descomunal.

En Comanjilla me enseñaste albercas tan hirvientes y amarillas que me dejaban exhausta y yo te enseñé un bosquecito que se veía desde el balcón. En Ixtapan de la Sal el agua me dejó el pelo tan duro que me lo tuve que cortar y montamos tanto tiempo a caballo que luego no me podía sentar. En Tecolutla las casas junto a la playa estaban abandonadas y la alberca vacía tenía una tristeza viejísima. En San José Purúa bajamos por una barranca muy honda y nos bañamos en unas tinas cuya agua subía hasta la mitad del cuarto. En Cuautla nadamos metidos en enormes llantas de coche y por días quedamos oliendo a azufre. En Tasquillo las albercas eran de piso resbaloso, en San Miguel Regla había tanto sol, en Veracruz llovía tanto y en Fortín de las Flores la neblina eran tan densa que no se veía la inmensidad de alrededor.

Y en todas partes nos sentábamos cerca de una ventana que daba a un cerro arisco, a una caída de agua, a un jardín sin podar, a un estacionamiento medio vacío. Y luego nos dormíamos, rendidos de tanto manejar, de tanto caminar, de tanto ver. Porque cómo caminamos, cómo hablamos, cómo cortamos flores silvestres, cómo hicimos el amor.

Me acuerdo cuando te dio por probar todas las comidas que se hubieran inventado en este país. Fuimos por gusanos a Tlaxcala, por pan de huevo a Huejutla, por manzanas a Zacatlán, por pescado frito a Nautla, por huevos de tortuga a Puerto Escondido, por sopes de frijoles al Desierto de los Leones, por tortillas de maíz azul a Ocotlán, por elotes con chile a Valle de Bravo, por tortas de chorizo a Toluca, por langostas a Huatulco y langostinos a Catemaco, por papayas rojas a Acapulco, por carnes largas y delgadas a Sonora,

por barbacoa a Actopan, venado a Mérida, armadillo a Zihuatanejo, chivo a Putla, enchiladas a San Luis Potosí, dulces de leche a Querétaro, mole a Puebla y otro mole más negro a Oaxaca, por tamales a Chiapas, por helados a San Francisco del Rincón, por tequila a Amatitán, por manitas de puerco a Guadalajara, por pan de cazón a Tabasco, crema a Chalco, fresas a Irapuato, dulces de cajeta a Celaya.

Me acuerdo cuando te dio por comprar barro y me llevaste a ver el de color negro y el de color verde y el de color rojo. Anduvimos buscando figuras de ángeles en Oaxaca, figuras de animales en Metepec, figuras de diablos en Ocumichu. Compramos ollas para mole, ollas para frijoles y ollas para agua. Compramos macetas en las carreteras, en los mercados, en los caminos. Tocabas puertas de jacales muy pobres para que te vendieran una tortuga sembrada de chíá, un sol de colores vivísimos, un árbol de la vida.

Tres horas nos desviamos del camino para ver cómo pintaban macetas con flores, tres horas buscamos a un artesano que hacía Cristos enormes pintados de azul, tres horas estuvimos en casa de un decorador de vajillas mirándolo trabajar.

Me acuerdo cuando te dio por las iglesias y fuimos a ver los dorados de Santo Domingo, los dorados de La Soledad, los dorados de Tepozotlán. Vimos las figuras de colores de Tonanzintla, las pinturas de monjes de Actopan, la capilla vacía hasta arriba de un cerro en Cuernavaca, los exvotos de Real del Catorce, los pilares de Tecalli, la enorme terraza de Calpulapan que mira al valle.

Me acuerdo de una ventana sin vidrio que daba a un árbol inmenso. Me acuerdo de una capillita de piedra sobre un riachuelo con su puente de hierro. Me acuerdo de una ermita a medio camino en un cerro pelón, de un jardín a la entrada de una Iglesia, de una cruz solitaria en medio de un atrio, de una Virgen encerrada en un marco de vidrio, pegoteoso de tantos besos y tantas lágrimas que la gente le venía a dejar. Pero ninguna iglesia, ningún santuario, ningún lugar en el mundo como San Juan Chamula, con su gente

triste, su gente pobre, su gente creyente y sus velas a medio derretir.

28 de julio

Hermanita mía, hermanita queridísima:

Vengo entrando del aeropuerto. Hoy te fuiste, dejaste México y vas volando para Italia. No sé cuánto tiempo pasará antes de que nos volvamos a ver. Me siento muy mal. Estuve sentada en la cafetería más de dos horas hasta que tu avión despegó. ¡Yo creo que me hubiera gustado oír que se cancelaba el vuelo y que los pasajeros tenían que regresar a sus casas! A pesar de la noche en vela que pasamos, a pesar de que lloramos tanto, de todos modos no siento cansancio sino una tristeza enorme. Es cierto que entre las dos planeamos así las cosas, pero de todos modos es muy feo que te hayas ido. Todavía no puedo creer que ya no vendrás a la casa, que estaré aquí sola, que no tendré con quién platicar ni reírme ni imaginar aventuras.

Mientras escribo esta carta, tú vas por las nubes. Vas cruzando el mar y quién sabe en qué estás pensando. En tu bolsa va todo el dinero que juntamos durante muchos años y en tu cabeza van todos los planes que hicimos.

Tengo miedo de tu soledad allá, en ese país desconocido y nuevo al que te has ido, con la gran carga de echar a andar nuestro sueño. Y tengo miedo de mi soledad acá, en este país en el que me he quedado con la responsabilidad de juntar el dinero para cumplirlo.

Hermanita de mi alma, yo sé que escribirte en este momento, cuando apenas te fuiste, es una tontería. Pero no sabes cómo me siento. Creo que quedarse es peor que irse, porque cada rincón de la casa te recuerda mientras que para ti todo es nuevo. Pero ya no te puedo decir más. No aguanto las lágrimas, no aguanto el dolor de

esta separación. Te mando muchos besos allá en el cielo en donde ahora andas.

2

Veintiséis años y setenta y dos kilos tenía yo aquella noche de viernes cuando crucé la puerta de cristal del Vips y me fui paseando entre las mesas, más para que me vieran que para buscar un lugar donde sentarme y más para echar yo una ojeada a los parroquianos que para que me vieran.

Y de repente tú. Solo en la barra, sin leer ni mirar ni comer ni nada. Solo con tu pelo negro, sólo con tus espaldas anchas, solo con tu misterio y tu taza de café. Nunca podré olvidar la forma como me ignoraste cuando me senté a tu lado. Ni una mirada, ni una mirada siquiera con el rabillo del ojo.

A lo mejor por eso me llegaste tan hondo. Porque estabas allí tan solo y así querías seguir, solo con tu soledad.

No sé qué imán tenías que me quedé petrificada. Mucho tiempo estuve allí sentada, mucho tiempo, no supe cuánto.

Y de repente, tú te paraste y yo me paré, tú caminaste hasta la caja y yo caminé detrás de ti, tú te formaste en la cola y yo me formé atrás de ti, como advertencia de lo que sería mi vida pero que entonces no supe ver.

Luego fue tu voz que salió de entre los bigotes negros y se dirigió a mí, la misma de veintiséis años y setenta y dos kilos que sin razón alguna hacía cola parada detrás de ti en la caja del Vips. Y la voz dijo: «Dame la nota».

Y yo como tonta, alargué la mano y te entregué mi nota, mi nota de consumo y mi nota musical, mi nota de pie de página y mi nota de mujer por fin mirada por ti. Y todo el mundo me empezó a dar vueltas a mí, la experta en hombres, la que no se toma nada en serio, la que se ríe de todo, la soñadora y la ilusa. Y como tonta te vi pagar mi café, caminar al estacionamiento conmigo detrás, subir a

una camioneta roja conmigo detrás y arrancar por los caminos de Dios sin saber si algún día pararías y si al final sería la vida o la muerte lo que me esperaba.

Pero fue la vida. Porque el auto se fue despacio con la música del radio a todo volumen. Tú nunca volteaste a verme ni me dijiste una palabra, pero yo iba feliz, tan completamente feliz en esa noche oscura de viernes, que supe que eso era la vida.

Cuando detuviste la marcha, habíamos llegado a un hotel. Te seguí entonces por escaleras y pasillos hasta una puerta que se cerró detrás de mi persona durante dos días y dos noches.

Dos días y dos noches que me tuviste desnuda, echada sobre la cama, parada junto a la ventana, a gatas sobre el tapete, debajo de la regadera, sentada en el escusado, subida en el lavamanos, volando sobre las sillas para hacerme el amor. Dos días y dos noches en que sentí el frío del balcón y el vapor hirviendo de la tina del baño. Dos días y dos noches en las que dentro de mi cuerpo escurrió agua, mantequilla, vino, saliva y miel, porque todo ese tiempo dentro de mi cuerpo habitaste tú y todos los objetos de ese cuarto y de entre mis piernas salieron frutas y panes que tu boca mordió.

Conocí tu calor antes de oír tu voz. Conocí tus dedos antes de oír tu voz. Supe de la fuerza de tus dientes y de la rasposidad de tu lengua antes de oír tu voz. Pero ya desde entonces miré a fondo tus ojos y sentí un amor por ellos que fue y es mi perdición.

Dos días y dos noches estuve entre cuatro paredes, entre dos piernas, entre una sábana. Nunca te oí pronunciar palabra ni vi nada de ti más que aquel tu cuerpo enorme que se me acercaba otra y otra y otra vez para dejarme alucinada y adolorida, adolorida y alucinada.

Tú me enseñaste formas del amor que yo no sabía que existían. Mis piernas aparecían primero en el techo y al rato en el espejo. Mi cuerpo se doblaba como si fuera de tela y hasta mis orejas y los dedos de los pies perdieron su dureza habitual.

Y cuando dos días y dos noches después me devolviste mis pobres harapos arrugados, que pacientes habían esperado en el rincón a donde los aventaste el primer minuto, el primer segundo de tu amor, yo ya no era la misma ni volvería a serlo jamás, porque para entonces había entendido lo que era la vida. Sentí un nudo en la garganta mientras me vestía con lo que quedaba de mi blusa arrancada a tirones, de mi falda bajada a jalones. La ropa interior había desaparecido y sólo quedaba entero el suéter largo y grueso que siempre me acompañaba. Sentí miedo porque en esas horas contigo se había tejido dentro de mí la cadena que me ataría a ti por siempre, una que subía por el pecho y bajaba por el vientre para salir entre mis piernas. Me había convertido en una condenada que se dejaba arrastrar y que sentía placer porque ella le rozaba todas sus partes.

Así recorrí el camino de vuelta a la ciudad y fui depositada en el mismo Vips con puertas de cristal de donde dos días y dos noches antes había salido. Terminé tomando café en el mismo sitio donde hacía siglos te había encontrado y sentía que desde allí jalabas la cadena con tanta fuerza y a tanta distancia, que me lastimaba el estómago, el esternón, la entrepierna. Y es que todos ellos te extrañaban: mi vientre, mis piernas, mi pecho, mi sexo, mi boca, mis ojos y también yo.

Esa noche de domingo fue la primera y la única que se me vio llorar en el Vips. Primero creí que era de tristeza porque te habías ido, luego me di cuenta de que era de felicidad pues me acordaba de ti y por fin supe que lloraba de deseo porque no sólo me habías dejado iluminada sino también prendida.

31 de julio

Hermanita del alma:

Me acaba de llegar tu telegrama. Qué bueno que ya llegaste y que llegaste bien, pues tenía preocupación por el viaje, tan largo y tú tan solita.

Sí, me arrepentí de mandarte esa carta llena de tristeza, pero en el momento en que la escribí así me sentía y no lo pensé, simplemente lo hice. Tienes toda la razón en recordarme nuestro pacto de estar alegres, de soportar con valor y sonrisas las partes difíciles de este plan nuestro. Trataré de no volver a fallar.

¿Sabes lo que se siente estar aquí sola en la casa y que no estés tú? Me acordé de cuando decidimos dormir en cuartos separados y tú te quedaste en el nuestro y a mí me tocó en el de papá y mamá. ¡Qué terror pasé las primeras noches!

¿Qué se siente ir en avión? ¿De verdad se ve muy azul el cielo por arriba de las nubes? ¿De verdad ves el mundo partido en cuadritos verde y café como nos dijo el jefe? ¿Y es cierto que te dan comida de plástico? ¿Pudiste dormir? ¿Qué película pasaron? ¿Eran muy guapas las aeromozas? ¿Quién se sentó junto a ti? Escríbeme todo porque quiero saber cada detalle.

Te agradezco que no te quedaras en Roma y que inmediatamente te fueras junto al mar. Aunque sea egoísta, yo quiero que hagamos juntas esos recorridos, tal y como lo planeamos. Además, entre más pronto pongamos manos a la obra, mejor.

¡Ay, hermanita, cómo te extraño! Cuántas tardes de la vida soñando juntas, recorriendo agencias de viajes para pedir folletos, imaginándonos el color del mar, ofreciéndonos en las embajadas para hacer cualquier trabajo con tal de que nos llevaran, tratando de aprendernos los nombres de los pueblos. Y cuánto tiempo ahorrando, peso sobre peso, para que te pudieras ir. ¡Ay, hermanita, qué envidia que ya estés allá mirando todo con tus ojos! Escríbeme y cuéntame cómo es el pueblo, cómo es el hotel donde duermes, a qué sabe lo que comes, cómo se viste la gente. Dime si te miran raro, si te tratan feo por forastera o si eso les gusta, si crees que va a alcanzar el dinero o todo es muy caro. Cuéntame lo que haces en

el día, en las tardes tan solas, en tus noches. Dime si el clima es como lo imaginamos y si las ensaladas saben a lo que creímos y dime cuáles son los ruidos que oyes. Pero dime, sobre todo, qué se siente ver el mar, sentir el mar, meterse en él, olerlo, probarlo. Cuéntame mucho sobre el mar, te lo ruego. Mucho mucho. Cuídate y escíbeme.

3

Como si tu voz que no conocía me lo ordenara, como si mi deseo que tampoco conocía me lo obligara, como si a mi cuerpo le pasaran de repente corriente eléctrica, ahí estaba yo el siguiente viernes, sentada en el Vips, en el mismo lugar, frente a una taza de café, con los músculos tensos por toda una semana de insomnio y desasosiego, esperando que aparecieras, esperándote con miedo, esperándote con ganas, esperándote para saber si eras de verdad o si yo te había inventado y para saber si no habías desaparecido.

¿Eras de verdad? ¿No te había yo inventado? ¿Volverías a aparecer? Lunes y martes, miércoles y jueves, medio día del viernes, tan largo el tiempo y yo sólo pensé en ti, sólo me acordé de ti. En todos esos días no pude respirar sin dolor, comer sin dolor, caminar sin dolor, fascinada como estuve hora tras hora, noche tras noche, por mi recuerdo de ti, por mi deseo de ti.

Y sí, viniste por mí. Ni siquiera te sentaste. Sólo me hiciste una seña desde la puerta y yo me paré y te seguí.

La segunda vez que te vi, la segunda vez que entraste en mi vida, las cosas tomaron un ritmo lento, suave, tierno. Tus ojos me miraron todo el tiempo mientras tus manos se deslizaban y se detenían por mi cuerpo y mientras tus dedos tocaban despacio. Fuiste buscando, conociendo, moviendo, midiendo, pesando y calculando todos mis tamaños, todas mis formas, todas mis temperaturas y mis texturas. Encontraste cada uno de mis rincones, explanadas, huecos, montes y cavernas. Me acariciaste el pelo, la

cara, los senos, los codos, el ombligo, el lado derecho de la cintura, las axilas, los párpados y las cejas, el estómago y las uñas de los dedos de los pies. Y siempre tus ojos mirándome con esa fijeza, con esa intensidad que me hace soñarlos hasta el día de hoy.

Y hasta el día de hoy cuando me acuerdo, me vuelvo a mojar como aquella vez. Agua escurre en mi sexo que sólo tú supiste abrir.

Esa vez me hiciste el amor muy despacio. Yo sentía llegar el placer desde que me mirabas, desde que me tocabas con las yemas suaves de tus dedos. Y tú te diste cuenta muy pronto de ese poder que tenías sobre mí y me hiciste enloquecer una y otra vez, gritar, olvidarme del tiempo, del color de la luz y de la temperatura del mundo. Sólo eran en el reino de la creación tus dedos tan sabios y mis aguas. Sólo era ese placer intenso y delicado.

Cuando el domingo por la noche me devolviste al Vips, me senté inmóvil frente a un café y allí me amanecí, en el mismo lugar y en la misma posición. No sabía cuál era yo, si la que había enloquecido haciendo el amor a ritmo frenético como la primera vez o la que había enloquecido con ese tiempo pausado y suave de la segunda vez. Sólo sabía que entre tus manos había perdido toda voluntad.

3 de agosto

Hermanita queridísima:

Creo que nuestras cartas se cruzaron, porque hoy en la mañana pasé al correo a dejarte una y cuando regresé de la oficina me encontré la que tú mandaste. Y contestas a casi todas mis preguntas. Me encantó lo que cuentas y veo que el pueblo —o pueblito como dices tú— estuvo bien elegido. ¿Qué se siente vivir en un hotel? ¿De verdad todos los días te hacen la cama con sábanas limpias? ¿Y te llevan el desayuno al cuarto? ¿Y eso es muy caro?

Dime por favor más cosas sobre el mar. ¿Te metiste a nadar en la tarde? ¿Me juras que mojaste mi traje de baño azul para que las vibras del agua salada cruzaran los aires y llegaran hasta mí? ¿Me juras que lo untaste todo de arena para que yo sienta lo que se siente?

¡Ay, hermanita, estoy muy rara sin ti! Voy a la oficina y luego vengo a la casa, como cualquier cosa y me pongo a trabajar pasando a máquina los papeles tan aburridos que me da el jefe, pero cuando acabo no tengo a quién contarle nada y eso es muy feo. Además llueve muchísimo y se va la luz por horas y me siento muy sola. Creo que tú debes sentirte igual.

Escríbeme con toda sinceridad la cosa del dinero. Quiero saber cuánto crees que hace falta para echar a andar la casa y así hacer cuentas del tiempo que tendré que estar aquí trabajando. Ya me urge saber cuándo me podré yo también ir para allá. No me gusta estar sola. Quiero únicamente quedarme los meses estrictamente necesarios para juntarlo y correr a alcanzarte. Por favor, escríbeme lo que tengas claro sobre esto. Cuídate y muchos besos.

P. D. La licuadora ya no tuvo compostura. El tipo me juró que hizo todo lo posible pero que no pudo arreglarla. Ni modo. Y además, se fundió el foco del baño y esta vez te toca a ti cambiarlo. ¡Ja, ja!

4

Así fue como empezó mi penar. Viernes tras viernes de mi vida te esperé sentada en la barra del Vips y viernes tras viernes volviste por mí con tu silencio, con tu mirada. Una y otra vez me dejaste estar a tu lado, caminar detrás de ti hasta la puerta, hasta el estacionamiento, hasta el coche, hasta un hotel, hasta el baño donde me lavabas con cuidado o con furia según tus humores,

donde me untabas aceite o crema según tus placeres, donde me besabas o acariciabas según tus quereres.

Semana tras semana me llevaste a camas de hotel, me subiste en sillas, me sentaste en mesas, me hiciste altares, me pintaste el cuerpo y la cara, me pusiste flores en el pelo, me acomodaste una larga flor amarilla entre las piernas y otra más corta entre los dedos de los pies. Me dejé vestir unas veces de seda y otras de algodón. Me dejé poner velos y collares y fondos de encaje y cuellos con almidón. Me dejé recoger el pelo y untar bálsamos y rociar perfumes. Me dejé envolver en terciopelo y en lana, poner sombreros y sandalias, ahumar con incienso y esparcir de jazmín. Me dejé estar desnuda en las noches y en los días. Me dejé mojar en la lluvia y revolcar en el pasto. Me dejé meter de madrugada en el mar y a media tarde en las albercas. Me dejé amar en el silencio y en la oscuridad y también cuando por la ventana se escuchaban los ruidos de las gentes, las voces de los niños y de los vendedores. Bailé antes y después de hacer el amor. Comí, bebí y fumé antes, durante y después de hacer el amor. Dedicué todo mi tiempo, mi cuerpo, mi vida y mis sueños exhaustos a hacer el amor.

11 de agosto

Hermanita de mi corazón:

¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? Yo aquí me siento muy sola. No acabo de organizar mi vida sin ti. Es como si todo fuera provisional, uno de esos sábados cuando te ibas a comprar plantas y yo pasaba el día esperándote en el silencio tan sobrecogedor.

La verdad es que me arrepiento del modo como hicimos el plan. Me parece injusto que tú te hayas ido y yo esté aquí. ¿Por qué no nos fuimos las dos con el dinero que teníamos y a ver allá como le hacíamos para salir adelante?, ¿por qué soy yo la que tiene que trabajar hasta conseguir el dinero que falta mientras tú vives en un

hotel y paseas junto al mar? La verdad es que me enoja mucho. Es más, estoy furiosa.

12 de agosto

Perdóname, hermanita, por el berrinche de ayer. Lo que pasa es que te extraño y no aguanto la soledad. A pesar de que prometimos no decirlo y no ponernos tristes, no lo puedo evitar. Quisiera estar contigo allá o por lo menos juntas aquí en la cocina preparando de comer y contándonos las cosas del día. Quisiera pasar la tarde caminando, yendo a comprar algo y viendo las telenovelas. Pero lo que más añoro son las horas sentadas junto a la ventana, o las horas en la banca del parque, viendo fotos y libros y soñando con islas y pueblos lejanos y con el mar. Yo creo que me enojo por envidia, por todo lo que tú estás viendo mientras yo aquí sigo igual, tan encerrada.

Dime, ¿hay mucha gente en nuestro pueblito? ¿Cómo es el mercado? ¿Cómo le haces para comprar cosas, para pedir favores, para cambiar dinero? ¿Cómo te mira la gente? ¿Es muy difícil el italiano o te basta con ponerle «ini» al final de todas las palabras y la gente te entiende? Escíbeme, por favor, espero tus cartas con desesperación. ¡Quisiera tanto ya poderme ir! ¿Cuánto dinero crees que falta?

5

¿Te acuerdas de cuántas horas me tuviste metida en esa tina llena de agua tibia para que me hiciera suavecita por dentro y cuando salí estaba tan rasposa que no me podías ni tocar? ¿Te acuerdas que me diste a morder galletas rellenas de crema mientras me tenías boca abajo sobre un piso fresco de barro? ¿Te acuerdas que me sentaste encima de la televisión muy untada de mermelada y muy

olorosa a perfume para mirarme desnuda al mismo tiempo que veías una película en la que no sé quién bailaba vestida de rojo? ¿Te acuerdas que trajiste un trío para que cantara en el balcón canciones románticas mientras nos bañábamos en la regadera? ¿Te acuerdas que bebiste vino blanco derramado en mis huecos mientras yo me retorcí más de ardor que de placer?

¿De qué más te acuerdas, de qué más no te has olvidado en esas tardes llenas de luz, bochornosas de calor, cuando nuestros cuerpos se quedaban pegados de sudor y se los oía crujir?

Yo no me acuerdo de nada, todo lo he olvidado. Apenas si recuerdo el peso de tu cuerpo sobre el mío, lo tibio de tus manos y de tu pecho, lo frío de tus nalgas y de tus pies, lo duro, lo rasposo, lo perfumado. Ya se me olvidaron tus rincones, esos que tan cuidadosamente exploré y que tan bien conocía. Ya se me olvidaron tus olores y tus sabores. Necesito otra vez recorrerte, tocarte, sentirte, para poder acordarme de todo. Necesito tocarte porque ya todo se me olvidó.

21 de agosto

Hermanita mía:

¿Cómo es eso de que no encuentras una casa del tamaño que queremos? ¡No vayas a meterte en una mansión con demasiadas recámaras! Acuérdate cuántas veces dijimos que sólo cinco huéspedes, los suficientes para juntar el dinero para vivir, trabajando poco y con mucho tiempo libre para leer y pasear. Por favor, no olvides el plan. No aceptes una casa con tantos cuartos como ésa que te enseñaron, porque nos esclavizaría. Y además, porque requiere de mucho dinero y yo ya me quiero ir para allá. Si el plan aumenta de precio, estoy condenada a quedarme aquí demasiado tiempo hasta juntar lo que falta. Acuérdate de eso y ten piedad de mí. Solamente entre siete y ocho habitaciones, ni una más. Y si se

puede de tres pisos mejor, para hacer abajo una zona de reunión y nuestros cuartos hasta arriba.

Más vale que te quedes un tiempo en el hotel, pero no alquiles algo que no sea lo que queremos. Ya sé que es difícil, pero tiene que ser así. Tengamos paciencia, verás que va a salir bien. Entiendo que te sientas sola, que por momentos desesperes, pero recuerda las tardes junto a la ventana, con los mapas extendidos sobre la mesa y con la cabeza llena de ilusiones. Verás que si lo haces te harás fuerte y no claudicarás. Es lo mismo que hago yo, que ya me estoy reconciliando con la vida y voy recuperando el buen humor que había perdido cuanto te fuiste. Por favor, aguanta, sé fuerte, sigue buscando hasta encontrar lo que queremos. Y cuando no puedas más, métete al mar. Estoy segura, por lo que cuentas, que eso quita todos los pesares y todas las angustias y todas las tristezas y todos los dolores. Te beso con mucho mucho cariño.

6

Oí tu voz por primera vez un día en el camino. Sin más, en esa carretera infinita que cruza todo el país hasta la frontera, te soltaste a hablar de los lugares, de la gente, del desierto, de las lechuzas, del tren y de las minas. Hablaste todo el tiempo mientras nos cruzábamos con camiones altísimos que llevaban fuertes luces encendidas, hablaste mientras llenabas el coche de gasolina en estaciones desiertas, mientras atravesábamos por campos sembrados, mientras cenábamos en algún restorán de pueblo, mientras entrábamos en un cuarto de hotel y mientras hacíamos el amor.

Desde entonces ya no viví todo el tiempo desnuda y encerrada entre cuatro paredes, pues empezamos a salir para ir a comer, para ir a caminar, para ir a sentarnos a algún lado. Caminamos por calles, iglesias, plazas, mercados y jardines. Subimos cerros y cruzamos puentes. Caminamos horas enteras viendo, hablando, callando. Nos

quedamos sentados descansando en las bancas de los parques, en las orillas de las banquetas y en las escaleras de las casas, sentados comiendo en cafés y en fondas. Y una vez y otra vez volvíamos al hotel para hacer el amor y luego otra vez nos íbamos afuera.

Y allí iba yo de un lado a otro, atrás de ti y contigo, siguiéndote, oyéndote, mirándote, admirándote. Que aquí los gringos hicieron no sé qué pero mi general no sé cuántos los detuvo. Y por allá se meten los refugiados pero el gobernador tal los manda kilómetros y kilómetros tierra adentro. Estos indios se llaman así y hablan tal idioma y hacen bordados en cinturones y en camisas. Y estos otros atraviesan cada año el desierto buscando peyote. Y estos más se levantaron con el caudillo perengano en el año de mil novecientos y tantos pero los aplastaron y éstos nunca se dejaron pacificar. Por este río cruzan los indocumentados y en este cerro estuvo el cura fulano incitando a los cristeros. En esta iglesia oficia el obispo tal que tiene líos con Roma y en esta fiesta adornan con rábanos y en esta otra con papel de colores.

Y allí iba yo oyéndote, mirándote, bebiéndote, comiéndome los camotes que comprabas en la salida a Puebla y las morelianas en la entrada a Toluca y las cocadas en el centro de Querétaro y los mangos con chile en el camino a Acapulco. Y allí iba yo comprando todas las artesanías que veía, no para adornar mi casa como tú creías sino para traerme pedacitos de los lugares en donde tanto te amé. Así fue como me hice de una cajita de vidrio en San Miguel, un espejo de conchas en Veracruz, unos huaraches de cuero en Valladolid, un morral de hilo en Cuetzalan y uno de lana en Oaxaca, un suéter grueso en Chiconcuac, una hamaca en Yucatán, una mesa laqueada en Pátzcuaro, un marco de latón, un papel de amate, un sombrero de palma, una pulsera de hilos de colores, un huipil con bordados en rojo, un candelabro de cerámica, unas espigas de maíz seco, un comal pintado de colores, una olla incrustada de pedazos de espejo, una jarra de cobre, una

guayabera, un frasco de miel, un litro de rompope y medio de vainilla.

6 de septiembre

Hermanita lindísima:

¡Bravo! Te felicito. Te has movido rápido. Yo no lo hubiera hecho mejor. ¡Y eso que tenías tanto miedo! Yo creo que eres más fuerte que yo, mejor te hubieras quedado tú aquí trabajando y yo me hubiera ido para allá. Estoy de acuerdo contigo en rentar esa casa que tanto te latió, pues siempre debes hacerle caso al corazón. Además, creo que ya viste todas las que hay por allí. Si la dueña te hace esperar unos días pues ni modo, después de todo no hay tanta prisa y eso de vivir en el hotel tan bien atendida no debe ser nada feo. Así que aguanta un poco más.

No te enojés porque no te cuento de mí. Primero, porque mi vida ya la sabes de memoria y es muy aburrida. De diez a seis estoy en la oficina y por las noches hago mi trabajo extra en la casa y veo una película en la tele. De dinero no me puedo quejar, me va bien, aunque cuesta mucho esfuerzo ganar cada peso y me canso mucho. Y en segundo lugar, porque estoy tan pendiente de lo que pasa contigo del otro lado del mar y tengo tanta prisa por llevar mis cartas al correo, que no me pongo a escribirte detalles de mi persona. Lo único que quiero es ya irme, estar juntas allá.

Pero sí te voy a contar que la otra noche me sentía tan aburrida, que me bajé al Vips a tomar un café. Te confieso que me sentía extraña, yo solita, en la noche y en un restorán. Pero nadie me molestó ni me dijo nada. Estuve muy a gusto, pensando, viendo a la gente y dejando pasar el tiempo. ¿Te acuerdas de cuando nos daba por ir a comer chilaquiles en las madrugadas para entretener el insomnio? Me da nostalgia acordarme de esos momentos. Siempre nos gustó mucho la sensación del Vips a esa hora, solitario pero con

luz, esa luz nocturna, tan exageradamente blanca, que hacía verse más solas a las pocas gentes que había.

Bueno, escíbeme y recibe muchos besos de mi parte.

P. D. No lo vas a creer pero adivina quién se casa: Adela. En serio, no es cuento. Ya nos invitó a todos a la ceremonia y al banquete con baile. ¡Imagínate!

7

Porque tú me enseñaste este país. Tú me llevaste y me trajiste, me subiste y me bajaste, me hiciste conocerlo y me hiciste amarlo. Me llevaste a Guanajuato y a San Miguel de Allende donde decías que era la ruta de la Independencia pero yo sólo veía azulejos. Me llevaste a Oaxaca donde hablaste de Juárez el héroe y de Díaz el dictador, pero para mí era sólo un lugar lleno de huipiles y animales de madera pintada. Me llevaste a Orizaba y a Córdoba para contarme de Maximiliano pero yo sólo vi la neblina y los mariscos. Me llevaste a Michoacán por aquello de Cárdenas pero yo sólo me acuerdo de las guitarras y el cobre. Me llevaste a San Luis Potosí a ver un ayuntamiento en manos de la oposición pero yo sólo vi las enchiladas rojas y el agua de Lourdes. Me llevaste a Juchitán por lo mismo pero yo sólo vi a las mujeres gordas y fuertes que trabajaban sin parar.

Me arrastraste a Yucatán en la frontera y a Monterrey en la frontera y en todas partes hacía calor, calor húmedo y calor seco. A Veracruz para que viera yo el Golfo y a Mazatlán para que nadie me contara del Pacífico y a Cancún para conocer el Caribe y a Baja California donde el mundo tiene su orilla. Me enseñaste a los rubios de los altos de Jalisco, a las mujeres nalgonas de la costa, a los hombres muy bajitos y oscuros de la sierra. Contigo vi a los indios, a los dueños del mundo, los tarahumaras tan flacos, los mixes tan

pequeños, los de Cuetzalan vestidos de blanco, los de Janitzio pidiendo limosna, los de Oaxaca con sus ropas bordadas de flores, los de Chiapas tan desolados, los de Guerrero tan sensuales, los que venden serpientes y frutas en las orillas de los caminos, los que veneran al peyote en un cerro, los que tejen, los que amasan, los que rezan en un templo, los que venden en un mercado, los humildes, los agresivos, los enojados, los alegres y los tristes, los pobres, siempre los pobres.

16 de septiembre

Hermanita mía:

¡Así que tu corazonada funcionó y ésa es la casa de nuestros sueños! ¡Así que te enamoraste de ella y ya ni siquiera buscaste más! A mí me parece que, según lo cuentas, es una mansión y no una casa. Demasiado grande y demasiado vieja y demasiado derruida, pero está bien si tanto te gustó. Además, tienes razón, un jardín no es mala idea. Ya me estoy emocionando. Lo que me preocupa es que si tiene tantos años abandonada —o siglos como dices tú— nos va a costar mucho dinero echarla a andar, aunque también es cierto que nos vamos a ahorrar en la renta. ¿Se sorprendió mucho la dueña de que alguien se interesara por esa ruina? ¿Por qué está deshabitada? ¿No tendrá alguna cosa mala y por eso nadie la usa? ¿Qué tan maltratada está? Creo que lo que te hizo enamorarte de ella fue el jardín, ya te conozco con tu locura por las plantas y hablas más de él que de la casa, pero no te olvides que nuestro negocio va a ser adentro y no entre los árboles.

En fin, decide tú. Haz lo que creas mejor. ¿Cómo te sientes? ¿Cómo te las arreglas con la soledad? ¿Vas mucho a nadar al mar?

Yo aquí ando bien aunque te extraño mucho. El otro día me invitó Julia a una reunión en su casa pero me aburrí como ostra en medio de tantas parejitas. Y además era un mal día, porque habían

operado de emergencia a Estelita (de la vesícula) y yo andaba cansada pues estuve mucho tiempo en el hospital. Nos dimos un susto pero ya está bien. La cirugía fue muy difícil por su gordura. La Chata no se le despegó un instante. Esas dos se quieren como tú y yo sin ser nada de la familia.

Lo que me entretiene es bajar en la noche al Vips. Allí me siento bien, como si tuviera compañía, así que ya lo empecé a agarrar como costumbre y bajo todas las noches alrededor de las diez. Me he acordado mucho de Sergio. Él nos metió en la cabeza la idea de viajar. Era de lo único de lo que hablaba y por fin lo logró. ¿Dónde estará ahora? Desde que él se fue no he tenido novio. ¿Cuánto tiempo hace de eso? Ya hasta perdí la cuenta. Lo quise mucho; yo creo que por eso no encuentro otro.

Me encantan los días festivos. Te escribo metida en la cama a la una de la tarde y no pienso vestirme. Ayer fui con Tere a oír el grito a Coyoacán. Había muchísima gente y no se podía ni caminar, así que regresé temprano y mejor me fui al Vips.

Estaba tan metida en mis pensamientos que no me di cuenta cuando un chavo se sentó junto a mí. De repente allí estaba, con sus barbas y su chamarra de mezclilla, muy del tipo de Sergio (dime si no es magia, tanto que me he acordado de él) y muy dispuesto a platicar. Estuvimos un buen rato hablando de mil cosas y luego me invitó a su casa y no me preguntes por qué, si porque era día de fiesta y yo estaba en ese ánimo, el hecho es que fui. Resultó que tocaba la guitarra, así que estuvimos tomando vino y cantando y la pasé muy bien. ¡Ya me hacía falta entretenerme!

Bueno, recibe mis besos más cariñosos y escribe.

8

Así pasé todos los viernes, los sábados y los domingos de mi vida. Imaginando que la felicidad era eso, que la felicidad estaba en los caminos, en los hoteles, haciendo el amor. Imaginando que todo

podía detenerse por estar a tu lado, sintiendo que todo podía calmarse por estar contigo.

¿Dónde era que olía tan fuerte a cebolla? ¿Y dónde era esa planicie enorme y negra en la que ardía un fuego todo el tiempo? ¿Dónde era que nadaba un pato solitario en un ojo de agua verde y estancada?

Creo que lo he olvidado todo. Apenas si me acuerdo de una casa de piedra con un patio donde secaban el barro, de una procesión con una Virgen cargada en andas y paseada por mucha gente que llevaba velas prendidas y cantaba, de un pollo con mole servido en platos de peltre blanco con un borde rojo, del frío intenso en una noche del quince de septiembre a la hora del grito, de una chimenea en un cuarto muy húmedo, solitario entre árboles altísimos y una negra oscuridad. Apenas si me acuerdo de nada. ¿Dónde fue que comimos buñuelos enormes bañados en miel? ¿Dónde era que vendían miles y miles de manzanas y olía toda la calle a esa fruta? ¿Dónde nos tomaron una foto pequeña que metieron en un llavero con forma de corazón? ¿Dónde pasamos la noche dando vueltas en un zócalo lleno de árboles? ¿Dónde compramos macetas decoradas con flores de colores rosa y azul pastel? ¿Dónde era que hacía un sol abrasador a las doce del día y no había un alma en las calles más que tú y yo? ¿Dónde fue ese panteón lleno de flores y velas que visitamos un atardecer de noviembre acompañando a los deudos que comían y bebían sobre las tumbas? ¿Dónde era ese lugar en el que nos sentábamos en una colina pequeñísima y se veía todo el valle con sus montañas y la luz pasando a través de las plantas? ¿Cuál era esa iglesia donde llevaban al Niño Dios vestido y aventaban confeti? ¿Dónde comimos esos helados de sabores rarísimos y por primera vez probé la tuna roja y la leche quemada? ¿Dónde era que había una banca de azulejos en medio de un camellón y detrás de una fuente vacía? ¿Y dónde ese camino bordeado de ahuehuetes y ese arco que se hacía de pura enredadera? ¿Dónde estaban esos niños que nos seguían durante muchas cuadras pidiendo cigarros? ¿Dónde era ese lugar en el que

vendían jarras de vidrio transparente y delgado? ¿Y dónde esa placita que tenía una tienda en la esquina en la que me compré un cinturón tejido con una hebilla en forma de pescado? ¿Dónde era esa lluvia tan fuerte que no nos podíamos ni ver? ¿Y dónde esas flores tan amarillas que olían intensamente a campo? No me acuerdo de nada. Lo he olvidado todo, todo.

30 de septiembre

Hermanita de mi alma:

¿Cómo estás? Felicidades por la firma del contrato. Muchas felicidades. Felicidades para las dos, para ti y para mí. Mientras te escribo esta carta brindo por nuestra casa italiana. Espero que pronto me mandes una foto para conocer en qué se invirtió mi dinero, ganado con tanto esfuerzo.

Se ve que le caíste bien a la dueña, porque siendo extranjera y sin conocer a nadie, te rentó la casa y te arregló rapidísimo los papeles. ¡Qué bueno!

Oye, ¿el mar está muy lejos? ¿No se ve ni un pedacito desde alguna de las ventanas?

No te olvides de poner pan y sal en un nicho como hacía la abuela para que nunca falten y no te olvides de entrar el primer día con el pie derecho. A la suerte hay que apapacharla siempre; es muy importante. ¡Pobre de ti lo que ahora te espera! Eso sí no te lo envidio. Buscar albañiles, pintores, plomero y electricista. Ojalá allá sean más cumplidos que aquí. ¿Te acuerdas cuando pintamos la casa? Todavía me da risa pensar en el batido que hicimos.

¿Cómo van nuestros fondos? ¿Todavía te alcanza? Ya he juntado algo más, así que en estos días te mandaré un giro para que te las arregles con menos preocupación.

El guitarrista del que te platicué me volvió a buscar y otra vez fuimos a su casa. Comimos panes con queso y cantamos. Y pues

de poco en poco, al rato ya estábamos echados en la alfombra junto a la chimenea y empezaron los besos y bueno, pasó lo que te imaginas.

¿Sabes qué? Me siento muy rara desde ese día. Por muchas razones. Porque no tenía ninguna protección y me da miedo quedar embarazada (todo fue tan de repente) y porque desde Sergio yo no había vuelto a estar con un señor. Y de eso hace mucho tiempo. Y además, con él lo hice porque lo quería muchísimo y siempre pensé que nos íbamos a casar. ¡Cómo me dolió cuando dijo que se iba a viajar por el mundo solo, sin mí! ¿Te acuerdas? Pero con este chavo, pues apenas lo conozco. Si no fuera porque quiero ahorrar cada peso, te llamaría por teléfono. No sabes cómo te extraño, cuánto quisiera oír tu voz, comentar las cosas. Ahora casi ni me río pero no es por tristeza sino porque no tengo con quién. Ya ves que los compañeros de trabajo siempre son muy serios así que me haces falta tú. Y más después de esto que me pasó.

Por favor escíbeme y otra vez felicidades.

9

Apenas si me acuerdo de muy pocas cosas. De las señoritas de Xochimilco que concursaban por ser la más bella del ejido, con sus trajes bordados y las cabezas llenas de flores. De los indios caminando por San Cristóbal, vestidos de manta y cargando un morral. De la vista desde Cuetzalan y de las garzas altísimas hechas de raíces en el patio del hotel.

Me acuerdo de la maleza que se cerraba alrededor de Palenque y de las mujeres panzonas afuera de sus chozas en el camino a Chichón. Me acuerdo de los niños en la plaza vacía a medio día en Comitán y de los policías que pedían pasaporte en el camión que se acercaba a la frontera del sur. Me acuerdo del rebozo negro que me compraste en Santa María y de la mugre en Janitzio y de la fiesta de

quince años a la que nos metimos en León, con hielo seco y chambelanes.

De todo me acuerdo, de todo. De las velas gordas, perfumadas y de colores de Cuernavaca, de las velas blancas y delgaditas que compraste para entrar al convento del Desierto de los Leones, de las velas escamadas, velas adornadas, vela pan, vela víspera, vela negra, vela ciruela, vela del lagarto, velas de cera y de cebo, velas de los campesinos de Cobah y de los creyentes en Chamula. De todo me acuerdo.

Me acuerdo de las fotos que ponen en un marco de corazón y de las que ponen en un marco de cartón y de las que nos tomaron parados detrás del dibujo de un charro y una china poblana o montados en un caballo brioso o junto a los reyes magos en procesión. De todo me acuerdo, de todo. De cómo me sentí mal en las curvas entre Oaxaca y Puerto Escondido, en las curvas entre Tuxtla y San Cristóbal, en las curvas rumbo a Guelatao. De los árboles altísimos en los bosques alrededor de Toluca, de las barrancas profundas en la sierra, de la soledad y el calor al atravesar los cañones, de la impetuosidad de los ríos, de la luminosidad del aire y de la oscuridad del mar. Me acuerdo del cielo negro en las noches, de las nubes al medio día, de los cerros, del agua de las fuentes, del frío que se sentía por fuera de la ventana y el vaho que quedaba por dentro. De todo eso me acuerdo, de todo.

15 de octubre

¡Feliz cumpleaños, hermanita!

Octubre es el mes de las tardes más lindas. ¿Te acuerdas de la canción?:

«De las lunas, la de octubre es más hermosa, porque en ella se refleja la quietud, de dos almas que han sabido ser dichosas, al abrigo de su tierna juventud» (o algo así, no me acuerdo muy bien).

Me dio sentimiento en tu carta cuando hablas de lo mucho que extrañas la comida mexicana. ¡Si pudiera te mandaría ahorita mismo unas enchiladas de mole! Te prometo que cuando me vaya para allá llevaré de todo para preparar cosas ricas. Oye, ¡qué buena tu idea de estudiar italiano!, eso va a facilitarte la vida. Adelante.

Yo aquí sigo. Veo mucho a mi amigo el guitarrista. Viene casi diario a la casa. Está a punto de recibirse de arquitecto y se va a ir a estudiar a Inglaterra. ¡La suerte que tengo para encontrar siempre viajeros! Como anda muy ocupado preparando su examen, llega ya de madrugada y viene sólo a lo que te imaginas. Al principio me sentía yo extraña, pero así fueron siendo las cosas. Ya nunca cantamos, casi ni hablamos, todo el tiempo lo dedicamos a eso, como si él quisiera aprovechar todo lo que pueda antes de irse. Lo que sí, es que me regala muchas cosas. Me trae comida, flores, discos y el otro día me dio una blusa. Dice que le gustan mi sentido del humor y mi calidez (de mi cuerpo por supuesto que no dice nada, ¡qué va a decir el pobre!).

¿Cómo van los arreglos de la casa?, ¿qué tal alcanza el dinero? Escíbeme todo y recibe muchos besos.

P. D. Tengo una duda. ¿No le habías terminado de pagar al doctor Méndez? Me habló su secretaria para que le pase a cubrir el saldo y yo no encontré en tus cajones ningún recibo de nada. Déjame saber de esto.

Otra P. D. Empecé a tomar pastillas porque no quiero arriesgarle. Fui a la farmacia y le pedí a la señorita que me diera unas pues no tenía receta. Ando algo mareada y como que retengo agua, pero más vale eso que un susto.

Porque tú me llevaste y me trajiste, me subiste y me bajaste, me enseñaste y me contaste todo sobre este país, mi país.

Y yo todo lo oí, todo lo vi, lo olí, lo probé, lo toqué porque te amaba, porque además de tus palabras, de tus paseos y de tus historias estaba tu cuerpo que me hacía el amor. El amor en camas que rechinaban en Cuernavaca, en camas altísimas en Tehuacán, en camas que parecían hamacas en Querétaro, en camas grandísimas en San Miguel, en camas de arena en Acapulco, en camas angostitas en Valladolid, en camas húmedas en Zacatlán, sin cabecera en Mérida, llenas de chinches en Zitácuaro, suaveцитas en Comanjilla, imperiales en Fortín.

Me acuerdo cuando te dio por nadar y nos metimos desnudos en cuanto lugar de agua se cruzó por los caminos. Así fue en Montebello, escondiéndonos si alguien pasaba por allí, así fue en Zempoala envolviéndonos después en una sola toalla, así entramos en el mar gris del golfo, en el mar bravo de Baja California, en el mar azul de Cozumel y en el mar inmenso del Pacífico. Así nos detuvimos en mil aguas por los caminos: ríos y estanques, apances y albercas, gélidos o hirvientes, sucios o transparentes en Tepoztlán, en Matehuala, en Comanjilla, en Chiapas y en Mazatlán. Me acuerdo de las aguas en la cascada de San Antón y en las cascadas de San Miguel. Un día me enseñaste una cascada artificial que un cacique de Junquilla mandaba prender cuando quería escenario, otros días me llevaste a los lagos de Valle de Bravo, Pátzcuaro y Zirahuén. Fuimos al ojo de agua de Nu Tun Tun y al de Misol-Ha, a un cenote adentro de una cueva en Valladolid, a los ríos enormes que corren por Tabasco, a los riachuelos sin nombre que corren por Morelos y también a los canales de Xochimilco cubiertos de lirio. Me acuerdo de un camino de agua detrás de las ruinas de Palenque y de un cenote en Chichén Itzá. Me acuerdo de un arroyo bordeado de árboles en San Miguel y de una fuente llena de monedas de Guanajuato. Me acuerdo de las aguas heladas de la alberca de Santa María, de las gardenias en la alberca de Fortín, del vapor de la alberca en Comanjilla, del agua

tibia de Tasquillo, del agua sulfurosa de Cuautla, del chorrito que salía de la regadera en Nautla, de la tina enorme que daba masaje en Cuernavaca.

¿Te acuerdas de la lluvia que inundó nuestro cuarto durante dos días en Nautla? ¿Te acuerdas de las aguas que tomamos en vasitos muy pequeños en Tehuacán? ¿Te acuerdas de las aguas amarillas de San José? ¿Y del agua que sacamos de un pozo hondísimo para echarle al motor del coche afuera de Guanajuato? ¿Y de todas las tinas y regaderas en las que nos bañamos y de todos los excusados por donde corrieron nuestras aguas antes y después de hacer el amor?

Me acuerdo cuando te dio por las playas y fuimos a las solitarias de Colima, a las privadas de Jalisco, a las turísticas de Vallarta, a las de Manzanillo, de Isla Mujeres y de Cozumel. Me acuerdo de las playas negras de Tabasco, de las playas grises de Tampico, de las playas sucias de Acapulco. Pero sobre todo me acuerdo de las rocas inmensas de Cabo San Lucas contra las que se estrellaba el mar y de un montículo pequeño de rocas al final de la playa de Puerto Escondido en donde por las tardes pegaba muy fuerte el sol.

Me acuerdo cuanto te dio por los mercados y cuando te dio por los jardines y cuando te dio por los campos abiertos y cuanto te dio por las iglesias y cuando te dio por escalar montañas y cuando te dio por las ruinas. Me llevaste entonces a ver puestos de frutas y puestos de quesos y puestos de ropa en todos los mercados del país. Me llevaste entonces a ver bancas y faroles y fuentes y kioskos en todos los parques y jardines y plazas del país. Me llevaste entonces a ver sembradíos de alfalfa, de maíz, de jitomate y de frijol por todos los campos del país. Me llevaste a recorrer conventos, santuarios, parroquias y ermitas y a conocer cada piedra de Palenque, de Chichén, de Teotihuacan y de Uxmal. Pero ninguna piedra, ninguna ruina, ningún lugar de entre todos los lugares fue como Monte Albán, el ombligo del mundo, el centro de todos los centros, el lugar más bello y el más sagrado de la creación.

4 de noviembre

Hola, hermanita:

¿Cómo que te vas a pasar a vivir a la casa para ya no pagar hotel? ¡Pero si ha de ser un horror con los trabajadores allí, con el polvo, con los materiales! Es cierto lo que dices de que así los puedes controlar y apurar, pero ya me imagino tu vida en medio de ese desorden y ese mido. En fin, tú sabrás lo que haces.

Te sorprendió el giro que te mandé, ¿verdad? ¿Sabes de dónde saqué el dinero extra? Pues ni te lo imaginas: me lo dio mi amigo el guitarrista. Todo empezó porque el otro día me dijo que si tenía antojo de algún regalo en especial y yo le pedí el disco de Julio Iglesias que trae sus grandes éxitos. Entonces me lo prometió, pero dos noches vino sin traerlo porque no le había dado tiempo de buscarlo. Por fin lo que hizo fue sacar de su cartera un montón de billetes y me los dio para que yo lo comprara. Pero cuando lo conté resultó que era muchísimo más, ¡alcanzaba para diez discos! Y desde entonces se agarró esa costumbre. Cada vez que viene me regala dinero. Lo único malo es que está llegando tan tarde que a mí me cuesta trabajo esperarlo despierta. Y cuando está aquí, me tiene dándole una y otra vez hasta que amanece. En las mañanas no me puedo levantar para la oficina. Traigo una cara que deberías ver, con ojeras enormes. Pero bueno, ya pronto se irá y tendré tiempo de sobra para dormir.

Escríbeme hacia dónde mira mi cuarto. ¿Te has acordado de dejarme un rincón junto a una ventana como el que tengo aquí?

Cambié otra vez el acomodo de los muebles, ya sabes que me da por eso. El sillón grande lo puse adelante de tus plantas, así que nada más se ven las hojas por encima y lo demás lo dejé vacío hasta la mesa. Se ve bien, como más grande el espacio. Y la tele la pasé a tu cuarto para ir a ver allí y sentirme acompañada por ti.

Bueno, eso es todo. Estoy cansadísima. Escribe.

P. D. Los refrescos subieron al doble. Primero no se conseguían por ninguna parte y por fin, sucede esto.

Siempre supiste cómo me gustaban las tardes. Después de un día caluroso, cuando aún queda luz pero el sol ha bajado, cuando corre el viento pero aún no hace frío, ése es el momento perfecto para hacer el amor. Cuántas tardes pasamos desnudos mirando a través de la ventana, cuántas tardes en cuartos cerrados y sofocantes oyendo música, pensando, silenciosos. Y cuántas tardes afuera, en el mundo. Una tarde la luz caía vertical sobre una curva muy pronunciada en el camino a Guanajuato. Una tarde los montes que rodean a Tepozotlán brillaban verdes y cafés. Una tarde el camino a Real del Catorce estaba intensamente iluminado por los rayos del sol que se ponía. Recuerdo las tardes de rojos suaves en Jalisco y las tardes de rojos oscuros en Baja California y recuerdo las puestas del sol en los campos, en las playas, en los pueblos.

De todas mis memorias contigo, las que más me conmueven son las de esas tardes llenas de luz, a esa hora en que todo guarda silencio. Recuerdo siempre los sonidos apagados de las tardes, la soledad de las calles los domingos en la tarde, el sonido de las campanas en todas las iglesias a media tarde, nuestro café con pastel.

En Jalapa me llevaste de día a un museo rodeado de jardines y de noche a un bar donde tocaban dos pianos. En Guadalajara me llevaste de día a oír mariachis y de noche a bailar. En Veracruz me llevaste de día al Zócalo y de noche a oír canciones de amor. En Oaxaca me llevaste de día a mil tiendas de artesanías y de noche a comer tamales de chipilín. En Mérida, en Cuernavaca, en Tehuacán me llevabas en las mañanas a mirar a la gente en las calles y en las tardes a sentarme en las plazas para oír a los pájaros que se ponían todos juntos sobre los árboles y los cables de luz.

En León me compraste zapatos y dijiste que así debía ser. En Taxco me compraste aretes y dijiste que así debía ser. En

Tlaquepaque me compraste un vaso de vidrio rojo y en Valle de Bravo una blusa hilada de algodón. Y siempre dijiste que así debía ser. En todas partes decían que yo era tu esposa. Los músicos me dedicaban canciones, los meseros me traían una silla, todos me trataban como lunamielera, como embarazada y yo estaba feliz. Porque feliz estuve contigo, andando por este país.

29 de noviembre

Hermanita querida, hola:

¿Cómo vas? ¿Cómo te sientes viviendo en la casa? ¿Qué decidiste para lo de las ventanas? ¿Cómo va tu italiano?

Me encanta el presupuesto tan detallado que me mandaste. Sólo que en liras suena muchísimo y yo me asusté. No supe a quién pedirle ayuda para traducirlo a pesos.

Fíjate que traigo una impresión fuerte. Hoy que venía para acá, vi en el puesto de las flores a una muchacha que recogía todo. Como hacía ya dos semanas que estaba cerrado, me paré y le pregunté qué pasaba. Resulta que la viejita era su mamá y se murió. Le di el pésame sinceramente. ¿Cuántos años la vimos todos los días de nuestra vida? Y siempre fue muy amable con nosotras.

La verdad es que pretextos necesito para andar melancólica. Y es que ya se va mi amigo. Hace unos días me dejó dinero para pagar tres meses de renta y como yo no se lo quería aceptar, me dijo que no me preocupara, porque su papá tenía mucho y le daba todo el que quisiera y porque además, ésa era su manera de darme las gracias por haberlo hecho feliz antes de irse. Me juró que siempre me recordaría. Yo no lo pude evitar y lloré. ¡Ya me conoces cómo soy de sentimental!

Total que ando como esos perros callejeros a los que se les pegan todas las pulgas. Me pasa lo puro malo. Se me manchó de betabel una blusa de rayas verdes y blancas nuevecita que me

acababa de regalar mi amigo y no se le pudo quitar; se me perdió mi bolsa, yo creo que la dejé en un taxi, con las llaves de la casa y fotos y mil otras cosas. Por suerte no llevaba dinero pero tuve que llamar al cerrajero y cambiar la chapa, y esperar montones de tiempo y pagar un dineral. Pero lo que es peor, se me rompió el espejito que me regalaste el día de tu despedida y por más que lo metí en agua luego luego, tengo miedo de los siete años de mala suerte.

En fin, yo creo que me trae de capa caída que se vaya mi amigo. ¿Tú crees que algún día aprenda a soportar las despedidas? Escríbeme.

12

Cuántas veces fuimos a Puebla porque en un hotel que sólo tenía seis cuartos servían chiles en nogada para desayunar y cuántas veces subimos al Tepozteco porque allí tenías amigos que llevaban licuados de peyote para desayunar. Una y otra vez me llevaste a Veracruz porque en un hotel de cien cuartos servían caldo de camarón para desayunar y una y otra vez fuimos a Zihuatanejo porque allí tus conocidos tenían marihuana para desayunar.

Me enseñaste presas, túneles, bordos y puentes, caminos de piedra y de tierra, caminos de cemento y de polvo. Anduvimos en lancha por Celestún y en bicicleta por Jiutepec. Me enseñaste una cruz hasta arriba de un cerro en Jalisco y unos frailes de piedra en un cerro de Hidalgo. Vimos el coral negro en Pochutla y los bosques altísimos en El Oro. Garzas y peces, cerdos y borregos, pozos de petróleo, un aeropuerto en Uruapan, un pulpo enorme metido en una caja de madera, sembradíos de caña de azúcar, árboles de mangos y barras de jabón de coco. Todo eso vimos y más. Me compraste una calavera de dulce en Guanajuato pero no te dejé que le escribieran mi nombre porque me daba miedo y una cuchara de madera blanca en Ixtapan y a ésa sí se lo dejé pirograbar. Seguimos

procesiones y posadas, cantando junto a los peregrinos que llevaban las cabezas cubiertas. Rompimos con ellos piñatas y oímos misas al llegar.

Pasé la navidad viendo rábanos de mil formas en Oaxaca, comiendo pavos de mil rellenos en Actopan, bailando en cien casas de Valladolid. Me llevaste en Semana Santa a ver las máscaras en Purísima de Bustos y el día de muertos a ver las ofrendas con panes y flores amarillas en Mixquic. Juntos estuvimos en cien días de mercado y en cien días de fiesta y en cien días de duelo y en cien días de la patria. Y de todos esos, recuerdo aquel cuando llevaban al Niño Dios con sus vestidos nuevos a pasear por Xochimilco.

Tres días me tuviste en Pinotepa Nacional sentada en el porche de un hotel que daba a la calle principal mientras tú hablabas con no sé quién. Tres días durmiendo en el techo de un hotel de Acapulco que se llamaba Casa Mexicana porque la dueña venía del Canadá y vivía aquí. Tres días en casa de una señora de Taxco que nos hacía vestirnos de largo para bajar a cenar. Tres días en una cabaña de Cuernavaca que estaba hasta el fondo de un jardín sombrío y junto a una cancha de frontón. Tres días en un cuarto con techos de zinc en San Miguel Regla rodeados de campos con flores silvestres. Tres días estuvimos en la humedad de Zacatlán enroscados junto a la chimenea y tres días en Zitácuaro con algodón en las orejas para no oír a los camiones que subían por la carretera. Tres días vivimos en un hotel de Cuautla comiendo alubias y tres en un hotel de San Francisco del Rincón que daba a la plaza porque querías dedicarte a comer helados. Tres días en un hotel de San Cristóbal donde una señora alemana nos contaba de los lacandones y tres días en un hotelito de Zihuatanejo en el que una mujer francesa nos hablaba de artesanías.

Tres días me tuviste en Guanajuato en una casa en las afueras para bajar mil veces las mil escaleras que llevan al centro. Tres días en una construcción de madera en Nautla para ir mil veces a nadar al mar. Tres días en un hotel de Actopan para visitar el convento otra

y otra vez más. Tres días en una casa de campaña cerca de una playa de Puerto Escondido, desde donde se miraba el horizonte. Tres días en un lugar de la sierra donde sólo había queso y tortillas para comer y tres días en un lugar de la costa donde sólo había pescado frito para comer. Tres días estuvimos en un hotel frente al zócalo de Comitán y tres en uno frente al fuerte de Campeche. Tres días en una cama sin cabecera de un hotel en Mérida y tres en una casa sin baño en Huejutla. Tres días en Villahermosa en un cuarto hasta el que subía la humedad de la laguna y tres en Jalapa en un cuarto hasta el que subía la música del bar. Tres días en un hotel de Tuxtla hasta donde subía el olor de la cocina y tres en Morelia y tres en Tlaxcala, tres en Tecolutla y tres en Mazatlán. Y todos esos días y todas esas noches me llevaste a pasear, me hablaste, me acariciaste, me abrazaste y me hiciste el amor. El amor una y otra vez y tres veces más. El amor parados, sentados y de pie. El amor vestidos, desnudos y dormidos. El amor con los dedos, con la lengua, con todo tu cuerpo. El amor de día, de noche, en el silencio, en la luz y en la oscuridad. El amor con frío, con agua, con lluvia, con calor. El amor en el coche, en la tierra, en el piso, debajo de la mesa y junto al espejo del tocador. El amor así y como sea, el amor.

18 de diciembre

Hola, hermanita:

¿Cómo estás? ¿Cómo van los arreglos de la casa? Me gustaría que me mandes alguna foto aunque esté en plena compostura.

Pues se fue mi amigo el arquitecto-guitarrista y para mi propia sorpresa, no me azoté ni me puse a cantar boleros. Creo que ya estoy aprendiendo a aguantar. La última noche lo vi muy poco rato porque en su casa le hicieron una gran fiesta de despedida a la que invitaron a su familia y amigos, así que ya había amanecido cuando llegó. Lo bueno es que era sábado y el domingo puedo dormir. Me

regaló una grabadora grandota que suena muy bien, con muchas cintas y otra vez me dejó dinero. Nos despedimos cariñosos, deseándonos suerte en la vida.

Antier bajé otra vez al Vips. Desde que conocí a este amigo no había ido porque me quedaba en la casa esperándolo. Pero me sentí bien de regresar. Me pinté un lunar en la mejilla, nada más por payasa. A ver si así me miran la cara y no lo demás, como me decía siempre la tía Greta, ¿te acuerdas?: «Mijita, haz lo posible por que te vean lo de arriba y no lo de abajo».

Estaba yo tomándome mi café y pensando en tonterías, ya sabes, cuando se me acercó un señor gordito y me preguntó si podía sentarse. Y antes que yo dijera nada, ya estaba allí, así que nos pusimos a platicar. Después de un rato, me propuso ir a la casa. Primero no supe qué hacer pero luego acepté para no sentirme tan sola porque ya me había acostumbrado a tener compañía.

Lo malo fue que desde que abrimos la puerta, el hombre ya no quiso nada más que lo que te imaginas. Y no pude zafarme. Antes de irse me dejó un poco de dinero sobre la mesa. Primero me sorprendió que lo hiciera y después me dio una ofensa enorme y me puse a llorar. Pero ya se había ido, no había forma de devolvérselo. Y ¿sabes algo?, luego pensé que era justo porque por estar con él no había yo adelantado nada de mi trabajo. Y es que me traje muchísimo para pasar a máquina y así juntar dinero en las vacaciones, en las que de todos modos no tengo nada que hacer ni nadie con quien estar.

Me han invitado a algunas posadas de la oficina y a una del edificio. En Navidad cenaré con Tere en casa de su mamá. ¿Qué vas a hacer tú en las fiestas? No te vayas a poner muy sentimental. ¡Es la primera vez en toda nuestra vida que las pasaremos separadas! Pero te aseguro que será la última, porque el otro año para estas fechas ya estaré yo allá.

Las plantas te extrañan casi tanto como yo. Mi mano no les gusta y están moribundas a pesar de que las riego un día sí y otro

no como me dijiste. De plano el espárrago lo tuve que tirar porque se secó y se veía muy feo.

Te mando muchos besos y espero carta pronto. Feliz Navidad y feliz año, hermanita; ojalá no la pases muy triste.

13

Me llevaste a ver cerámica en un museo de Tlaquepaque, una tienda de artesanías en Morelia, piezas prehispánicas en la casa de un pintor en Oaxaca y copias de códices en un palacio de Mérida. Me enseñaste máscaras en San Luis Potosí, conchas en Mazatlán, trajes regionales en Chiapas y a los mormones y los menonitas en Chihuahua. Me llevaste a ver las alfombras de flores en Huamantla, los fuegos artificiales en Dolores, los murales en Cacaxtla, las grecas en Mitla, el mercado en Juchitán, las focas en Baja California y los minerales abandonados en Pachuca.

Me hiciste cruzar la sierra para ver el Pacífico y levantarme al alba para ver Palenque y esperar a que se pusiera el sol en Monte Albán. Me hiciste cruzar el desierto a medio día para ver fantasmas y subir a pie muchos kilómetros para ver mariposas pegadas a los árboles. Me hiciste pasear por pueblos polvosos para conocer casas derruidas y sentarme frente a montañas altísimas y a caudalosos ríos. Contigo nadé debajo de cascadas, bajé al fondo del cañón del Sumidero, miré de cerca lechuzas y serpientes, pasé por pueblos que se llamaban «La bonita», «El retorno», «Palomas». Contigo olí la carne en los mercados, corté higos de los árboles, me metí al mar de noche, monté un caballo sin silla. Por ti aguanté muchas horas sin comer, muchas horas de películas mexicanas, muchos helados de sabores rarísimos. Por ti metí los pies en el lodo, pasé vergüenzas, oí conferencias, compré unos zapatos de piel, un día me emborraché y muchos se me fueron en llorar.

Todo lo hice por sentirte dormir pegado a mí y por amanecer contigo. Por oírte cantar, por verte recargado en una pared, por

mirar tu mano al volante con el reloj en la muñeca, tu mano apoyada en la ventana quemándose al sol. Por verte pedir en un restorán y preguntar en una tienda. Por verte extender el mapa y buscar el camino. Por verte indeciso, distraído, enojado. Por verte reír con un chiste o ausentarte con un recuerdo. Por verte y sólo por verte.

Por tu sonrisa, por tu camisa aventada en la silla, por tu pelo recién cortado y tu silencio durante las ocho horas del camino a Oaxaca. Por tus dudas en Catemaco y tu disfraz en la semana de Carnaval en Veracruz. Por esa tortilla embarrada de habas que no quisiste probar, por ese exvoto que no me dejaste robar, por los libros viejos que hojeaste durante horas, por el nicho de la ventana en el que estuviste sentado para que yo te retratara, por la orilla del camino en donde te detuviste a dormir. Lo hice todo por la salsa que escurre de tu taco, por la cara que pones cuando huele feo, porque te ves tan desvalido si te duele el estómago. Por tu necedad y tus manías, por tus fantasmas, por la manera como remojas el pan dulce en el café, porque hablas al hacer el amor, porque siempre llevas tu toalla, porque te gusta la gente, por cómo cuentas las cosas, por cómo pelas las limas, los chícharos cocidos y las uvas y por cómo te quedas mirando el infinito. Por cómo subes las escaleras y porque te gustan los boleros. Porque te sabes el nombre de todos los santos que sufren en las iglesias y de todos los héroes que tienen estatuas y de todos los artistas que salen en las revistas y de todos los árboles que hay en los campos. Porque te enojas si no quiero comer, si hablo mucho, si cambio de perfume o me burlo de un señor. Porque insistes en que no lleve suéter, te ríes de que duerma con calcetines y de que no me quiera maquillar. Porque me enseñaste cómo canta Pedro Infante, cómo sufre Libertad Lamarque y cómo se pinta un lunar María Félix. Por eso y por todo lo demás.

8 de enero

Hermanita:

¿Cómo estás? ¿Cómo te fue de fiestas y de fin de año? Tu carta me emocionó mucho porque allí estaba dicho todo lo que yo también sentía y que a propósito no te escribí pues nuestro trato era no decirnos cosas tristes. Pero en esos momentos fue muy difícil estar separadas. Las fiestas me pusieron mal. Todo mundo andaba alterado, la ciudad se sentía de otro modo y yo tan sola aquí y tú tan sola allá.

En la oficina adornaron como siempre, ya las conoces. Yo en la casa no quise ni poner el arbolito. ¿Para qué? En Navidad cené con la familia de Tere en casa de su mamá —que te mandó muchos saludos— y en año nuevo me quedé viendo la tele y me dormí temprano. Me tocó intercambio de regalo con Ana María. Para no gastar le di el disco de Julio Iglesias. A la colecta para el brindis no le quise entrar, pero Tere pagó mi parte para que no me vieran feo.

Hace un frío tremendo en las madrugadas. Dicen que cayó nieve en el Ajusco, ¿te imaginas? ¡Nunca he visto la nieve! Cuando vaya a Italia iremos juntas a conocerla.

Yo aquí he seguido bajando al Vips. Me gusta ver a la gente y además, nunca falta quien se me acerque a platicar. Ahora ya me cuido, no acepto sus propuestas de «¡irnos a algún lado!», porque ya sé en lo que terminan. No creas, cuando son chavos que me gustan, pues me cuesta trabajo decir que no, pero ya estoy curada de espantos con los enredos amorosos que nunca conducen a nada bueno. ¡Y yo me enredo con mucha facilidad! Así paso mis noches, aunque no todas porque tengo tanta preocupación por el dinero que muchas veces mejor me quedo en la casa a escribir a máquina mis encargos de la oficina.

Conocí a un señor que tiene una tlapalería y cuando le conté lo tristes que estaban las plantas sin ti, se ofreció a regalarme un fertilizante. Le dio mucha risa saber que tú picabas cáscara de huevo para echársela a la tierra y que así crecían bonitas las hojas. Te cuento que a ése yo misma lo invité a la casa porque necesitaba dinero. Cometí la estupidez de mandarte todo mi sueldo y mi aguinaldo sin quedarme con nada. Es cierto que la renta estaba

pagada por tres meses gracias a mi amigo el guitarrista, pero de todos modos, yo tenía que comer. No creas que sentí muy bien de hacerlo, pero le estuve pensando y no se me ocurrió otra manera. Y, bueno, pues la verdad es que por una vez no creo que sea muy grave y me resolvió el atolladero en el que estaba metida.

Y es que vino a verme don Armando y estuvimos discutiendo sobre un aumento en la renta. Ya lo conoces, quería muchísimo. Quedé de darle una respuesta la otra semana, pero también por eso necesito cada vez más dinero.

Total, que me llevé al de la tlapalería. El tipo lo hace despacito, sin prisa, sin fogosidad, sin alterarse, a su ritmo. Yo sólo le sirvo de trinchera pero a mí eso me da igual. Lo que sí estuvo un poco feo es que cuando se iba y le pedí el dinero, se molestó, pero finalmente sacó la cartera. ¿Por qué será que algunas gentes tienen tanta dificultad en desembolsar un poco de dinero? ¿Por qué será que les gusta recibir pero no dar? ¿De verdad creerán que tienen derecho gratis a una mujer a la que acaban de conocer? ¿O imaginarán que ella lo hace por su linda cara? ¿No se darán cuenta de lo difícil que es tener que hacer esto? En fin, así es.

Me encanta tu decisión de dejar las paredes con su piedra original. Y si las enredaderas se quieren meter por la ventana, pues mejor; será la casa de huéspedes más hermosa del mundo, con viejas camas de latón pero colchones nuevos, con viejas paredes de piedra pero plantas, con baños adentro de los cuartos porque antes no existían y tú los tuviste que inventar y con un jardín enorme en el que podrán irse a pasear. Lástima que todo el mes se perdió para los arreglos, pero ya sabes que en diciembre se trabaja muy poco. Ojalá para cuando recibas esta carta ya todos estén dándole otra vez.

¿Cómo estás? ¿Piensas en mí? Te mando muchos besos. Escíbeme y si puedes, mándame fotos.

Porque así fue como estuve contigo, corriendo por los caminos, viviendo sin tiempo y en el puro deseo, enamorada de tu sonrisa, de tu mirada, de ti. Enamorada de ti los tres días en Puebla y el día y medio en Catemaco, enamorada mientras comíamos langostinos al mojo de ajo en Veracruz y mientras veíamos un anillo de oro en Juchitán. Enamorada mientras tomábamos café en los portales de Puebla y mientras nadábamos en la alberca helada de Matehuala. Enamorada por las enchiladas de papa con chorizo de San Luis, por las paletas heladas compradas en una «Michoacana» de esas que hay en todas partes y por las quesadillas de Ocotlán. Enamorada por las tardes que pasamos caminando, por las fuentes vacías, por nuestros cuartos de hotel, por los amaneceres abrazados en la cama, por las caras blancas de las vírgenes y las caras morenas de la gente, por las fachadas de las iglesias y la tranquilidad de las placitas, por el sabor de un pedazo de sandía y de un refresco de manzana vertido en una bolsa de plástico.

Porque contigo aprendí a esquiar en Tequesquitengo y a sorfear en Puerto Escondido, a velear en Valle de Bravo y a bucear en Isla Mujeres, a montar a caballo en Guadalajara, apostar en Aguascalientes, jugar billar en la hacienda de los Arcos, volar un papalote en Ensenada y en paracaídas en Vallaría. Juntos fuimos a un jaripeo en Tenango, a un frontón en Acapulco, a un maratón en lancha por el río Balsas, a un maratón a pie por Yautepec, a recoger fósiles en Calixtlahuaca y tepalcates no me acuerdo dónde, a mirar desde una avioneta el café de Veracruz y las ruinas de Bonampak, a soportar el calor del desierto en Sonora y la humedad del trópico en Tabasco.

Tú me llevaste a un partido de fútbol en la bombonera de Toluca y a un mitin político en La Corregidora de Querétaro, me llevaste a carreras de caballos en Ciudad Valles y a carreras de perros en Tijuana, a una feria ganadera en Chihuahua y a la feria del Caballo en Texcoco. Pero nada como la noche cuando me llevaste a un palenque en Puebla a oír cantar a Juan Gabriel. Nada se parecerá a esa noche intensísima, en que la gente apostaba millones de pesos

a los gallos, millones de pesos a la lotería, mientras bebía tequilas, rones, wiskis, cervezas y coñac. Todo para llegar al momento único en el que los mariachis vestidos de blanco y la orquesta vestida de blanco le abrieron el camino al cantante vestido de negro y nos abrieron el corazón a nosotros. Y allí estábamos tú y yo, de pie con todo el público, cantando y bailando y gritando, felices, completos, olvidados de todo durante una, dos, tres y cuatro horas: «Te pareces tanto a mí, que no puedes engañarme».

28 de enero

Hermanita, ¿cómo estás?

Yo aquí ando, tratando de salir adelante. Oye, ¿de verdad necesitas tanto dinero? Tu última carta me dejó fría, así que de plano, cuando no me alcanza ni para mis gastos ni para mandarte todo lo que pides, pues bajo al Vips a buscar a quién invitar a la casa. Allí encuentro señores de todo tipo y a veces sucede que no encuentre nada. Hay algunos que ya conozco, como uno que tiene una tlapalería y que se había enojado conmigo la primera vez que nos vimos. Hay otros que me aburren, como uno que se la pasa platicando de lo maravillosas que son su esposa, su madre, sus hermanos y sus hijas (un día me quedé dormida mientras él hablaba pero no se molestó, simplemente se paró y se fue así sin más) y hay otros que me encantan, como un muchachito muy joven que me busca seguido. No tiene ni en qué caerse muerto y anda tan raído que parte el alma. Cuando no encuentro algo mejor, pues lo traigo a la casa y aprovecha para bañarse. Me da mucha ternura. ¿Sabes de qué tengo la impresión? Que la gente anda muy sola, con muchas ganas de pasarla bien y sobre todo con ganas de hablar y que alguien escuche. Bueno, escíbeme y recibe muchos besos de tu hermana que te quiere.